

# CRONICA INTERNACIONAL

## FRANCIA Y LAS FUERZAS ESPIRITUALES.

Las naciones aliadas no han reconocido aún al Gobierno De Gaulle. Esperan sin duda a que las represalias contra los colaboracionistas cesen. No hay para una nación infortunio como el de vivir con las dos mitades de su ser en duelo. Quien conjure una guerra civil evitará a sus compatriotas el mal de los males. Dios dé, ante todo, a las naciones unidad de territorio y de destino y mantenga intacto el patrimonio común de recuerdos y esperanzas. La liberación le trae a Francia estos días turbulencias que ojalá vayan remitiendo. A las depuraciones ha precedido la acción directa, no imputable a la autoridad, sino a milicias del «maquis» desmandadas. Confía el Gobierno en someter a las organizaciones que suplantán a los Tribunales y en restaurar el prestigio de la toga. Hemos oído en la radio que De Gaulle prepara otra Declaración de los Derechos del Hombre, ya que la primera ha sido abolida en media Europa. Alude al racismo, o los haccs victorios, y no, desde luego, a las checas de Moscú, con las que no litiga. ¿Es un liberal De Gaulle cuando los liberales usan nombres supuestos? Hay un tiempo en que el liberal osa objeciones contra la razón de Estado o contra la ciencia imperiosa del Concilio. Dice que lo suyo es liberalidad y derecho de gentes. Estas son, empero, virtudes de lujo en las que no se gozan más que los pueblos fuertes. Antes de ahora se le dijo precisamente a Francia que era maestra en lo de

poner a la sombra de los cañones una arcadia tibia donde pecar con los cinco sentidos. Pues el liberalismo con sus complacencias no puede medrar sino al amparo de cinturones de hierro, grandes flotas y divisiones acorazadas. Ante esta paradoja los ideólogos están inermes y se contemplan a sí mismos como a ejemplares de una fauna extinguida. ¿Nada pueden entonces contra disturbios como los que han seguido a la liberación francesa? Algo sí, pese a todo, y hay fuerzas espirituales que actúan en la gran familia al otro lado del Pirineo. Vauban, el gran constructor de plazas fuertes, se duele en su «Diezmo real» ante el Monarca que se desestime en todo tiempo a la clase popular «menu peuple» de Francia. ¡Ah, el pueblo es ahora soberano, y como tal, y no menos que Luis XIV, tiene sus aduladores y sus parásitos! Menos mal que perduran allí dos fuerzas, aparte de otras: el romanismo y la religión.

En su *Ensayo sobre Francia* recuerda Curtius que el tipo del alemán, para quien Roma es una segunda patria, se da constantemente, como atestiguan un Goethe o un Winckelmann, un Fuerbach o un Gregorovius. Hay un francés, uno solo, Claudio de Lorena, que ama a Roma como ellos, ya que los demás llevan el romanismo disuelto en la sangre. Los labradores de Tarragona o los de Mérida han desenterrado más de una vez monedas romanas con su propia efigie. A los de Nimes, Arlés u Orange les ocurre lo mismo, y algo en ellos resiste como los sillares de sus acueductos, en los que Roma vive, o en los de sus anfiteatros, donde se hacen ahora corridas de toros. Y no en el Midi, junto al Ródano viejo, sino en París ha dejado la urbe de los Césares las arenas de Lutecia. Curtius trata certeramente el tema en un pasaje que nuestra memoria acaso reconstruya. Bajo Luis XIV la Monarquía francesa es romana por la dignidad y por el temple. Con el renacer del clasicismo se renueva el esplendor solar del tiempo de Augusto. Pero la Revolución le pide también a la antigüedad virtudes togadas, como la pintura de David acredita. Ya Napoleón encarna el sueño romano de dominio universal y confiere a su hijo el título de rey de Roma. El sentido jurídico de los franceses es por su origen y por su condición romano. La ley escrita y el contrato son para el francés textos intangibles. No olvida Curtius que los conseje-

ros jurídicos de la Corona de Francia cumplen una gran misión en los anales de la Monarquía. El código de Napoleón honra por sí a la era imperial, y es, por otra parte, un monumento del idioma que reta a los siglos. Antes de él la lengua de Montesquieu debía ya una parte de su claridad a su formación jurídica. El espíritu del Derecho romano configura igualmente las concepciones morales de la nación. La simple duda acerca de la legitimidad de un veredicto agita hondamente la conciencia de un país. Las revisiones de procesos constituyen un capítulo especial de la historia de Francia, y son muchas las que se suceden entre los días de Juana de Arco y los de Dreyfus. ¿No actuará este sentido jurídico cuando la revuelta del «maquis» amaine? La otra fuerza es la religión, sin la que Francia no puede ser entendida. La ocupación alemana no le ha impedido dar cientos de libros a la apologética universal. Nos preguntó una mañana en el extranjero un arzobispo ilustre:

—¿Cómo se llamó en España al apartamiento de la Iglesia por parte de algunas masas?

—Apostasía, Eminencia—respondimos.

—¿Y cómo así?—nos atajó—. ¿Cómo así? Apostasía suena a no sé qué de irreparable. En España el apartamiento es siempre temporal. Allí el descarrío no dura; allí se vuelve a la verdad eterna.

Se vuelve, sí, y en Francia, como entre nosotros, la fe resurge con savia nueva. Los estadistas no creyentes conciben apenas un Estado del que la religión esté ausente. Fué en cierta ocasión Briand, ministro en la República presuntamente laica, a avistarse con el mariscal Foch en el Gran Cuartel General. El gran soldado estaba oyendo misa, y Briand hizo entonces la frase célebre: «Surtout ne le dérangement pas. Ça lui a trop bien réussi.»

«La Iglesia —dice frecuentemente Maurras, que es agnóstico—, la Iglesia es el arca de salvación para las sociedades, y para la francesa lo ha sido, lo es y lo será.»

Dios lo quiera así, y nos deje a todos quererlo, ahora que la gran nación pasa por momentos aciagos, y los franceses que viven lejos de su patria digan como antaño: «Car la bas, au pays la terre est maternelle.»

DE VON RIBBENTROP A CHURCHILL  
EN LA DURACIÓN DE LA GUERRA.

Nos está vedado todo augurio sobre el final de la guerra. No anunciaremos tampoco para fecha próxima mutaciones en el decorado de la Historia. Los reveses últimos no han vulnerado la entereza con que el Reich arrostra las jornadas decisivas. «Cuando es necesario se hace de un regimiento dos», decía el gran Federico, que dobló a su vez el territorio de Prusia. Cabía aun en la palma de la mano este territorio, en el que prendieron después los gérmenes de la unidad alemana. Agrupar desde el trono dominios casi feudales aún, era difícil, y atraerlos a una constelación de Estados de la misma trayectoria, un sueño. De Prusia es la gloria de haber trocado esta disgregación de cotos en una patria. No olvidemos que los tratados de Westfalia reconocieron la soberanía territorial de trescientos sesenta príncipes. Si Federico II, con fronteras tan breves, hacía, al verlas violadas, de un regimiento dos, la Alemania de ahora multiplicará a su vez el empuje federiquiano. Decía recientemente el doctor Schmidt que el Reich oye que le cantan exequias en vida, pero no se abate. Se las cantaron también a la Gran Bretaña cuando perdió Singapur, Hong-Kong y las islas de Nikobav. Sin las cuatro llaves de su Imperio no obstante, sin Gibraltar, sin Suez, sin Aden y sin Singapur, la Gran Bretaña se hubiese mantenido en guerra. Otro precedente aduce el doctor Schmidt, que es el segundo de a bordo de la propaganda que Goebbels rige. Erraron, según el primero, cuantos preveían el desmoronamiento de la Unión Soviética al caer en manos de las divisiones del Reich Ucrania y la cuenca del Donetz. Erró en ese caso el propio Schmidt, que no creía entonces que para vencer a Rusia hay que llegar no al Cáucaso, ni a los mismos Urales, sino más allá, a la tundra o a la taiga de la enorme Siberia. Una estrategia de titanes, si la hubiese, no abarcaría el mundo soviético con sus veintidós millones de kilómetros cuadrados. (Cuando son las doce del mediodía en Vilna, son las once y veinte de la noche en el Estrecho de Behring.) El mundo anglosajón se asienta en

cinco continentes, y si resiste no hay ejércitos que lo subyuguen. Es muy feliz la imagen con que Kipling aludía a las 26.000 piezas del Imperio británico. Hace ya tiempo, alguno, no recordamos quién, escribía algo así como esto que sigue: «En sus canciones y en sus baladas, que hoy se repiten en los cuarteles, en los barcos de la Flota, en las plantaciones, Kipling ha invocado al Dios que forja la sorprendente cohesión de Inglaterra. En el mismo poema, que celebraba el mar bien labrado por los ingleses, los hombres de cinco comidas, renutridos de carne, el Banco de crédito ilimitado y los recursos del Imperio, saludaba a Westminster, la abadía gracias a la cual «nosotros decimos *nosotros*». En su *Recesional*, escrito al día siguiente del jubileo de la reina Victoria, Kipling canta la firmeza de su pueblo, cimentada más que en la raza en la ley. Ese himno se hace a veces plegaria, como en el pasaje «Conserva tu gracia a tu pueblo, Señor, que nos has exaltado por encima de otras naciones. Haz que permanezcamos humildes ante ti. Impide que, embriagados de nuestro poderío, nos tornemos jactanciosos como los gentiles y las razas inferiores que no conocen la ley».

La concepción heroica de la vida en el poeta del *Libro de las selvas vírgenes* no nace con él ni es inglesa tan sólo. Ha servido por igual cien veces al funcionario romano en las Galias, que al español del Siglo de Oro en las soledades peruanas del Cuzco o en las de Mindanao en el archipiélago filipino, o al español de ahora en las de Ifni o el Muni. Le sirve al inglés aislado en el Himalaya como al francés aislado en el Atlas. Las virtudes del colonizador han sido codificadas antes que por los demás por nosotros, pero Kipling las reanima con su verbo. El Imperio inglés está defendido por virtudes, pero también por la propia extensión. En este punto el doctor Schmidt acierta, aunque prescinda de la de Alemania al anunciar que la guerra durará mucho todavía. Ciertamente, Alemania, dentro de su gran baluarte y dado su genio militar, ha de ser un prodigio de firmeza. Y pues se lo juega todo, agotará no tan sólo sus recursos bélicos, sino también sus recursos políticos. Recordó Thomas Madison que los Ejércitos aliados que estrechan el cerco en torno a Alemania han llegado a los límites de tres llanuras que son ideales para los

movimientos de las divisiones blindadas: la llanura húngara que lleva a Budapest; la del Pó, que termina en el paso del Brennero, y la del Norte del territorio alemán, donde está situado Berlín.

Vemos estos días que el salto de Eindhoven a Niméga con el cruce del Waal pudo ser un contratiempo para los aliados. En el Bajo Rhin, y sobre todo en Arnhem, puerta del Rhur, la resistencia alemana se inicia potente. El ministro de Asuntos Exteriores del Reich, von Ribbentrop, ha dicho: «Alemania es hoy un gigantesco campamento de tropas. Las fortalezas de la patria, reforzadas de día en día y de hora en hora, son cada vez más impenetrables.» Y también: «Si el enemigo lograra poner por un momento pie en territorio alemán, se encontraría con un verdadero infierno. Cada alemán prefiere diez veces dejarse matar antes de ceder un palmo de tierra.» Churchill conviene con el pesimismo heroico, que era tan grato a Kipling, que correrán muchos meses de 1945 antes de que la guerra termine. Los generales aliados rompen difícilmente el silencio, pero alguno ha aventurado ya vaticinios que le corrigen los plazos a Churchill y dan la paz por próxima. La última guerra duró cuatro años, tres meses y nueve días. La actual entra en el sexto invierno, y aunque se elaboran para el mañana planes que redistribuyen los patrimonios geográficos de Europa, Alemania resiste y gana tiempo mientras se incuban discusiones internas entre la U. R. S. S. y las potencias anglosajonas. Nos está vedado, pues, todo augurio sobre la duración de la contienda. Decía Kipling que el hombre que actúa es el dios de la luz, Ormuz, y el hombre que habla es el dios de las tinieblas, Ahrimán. Esta oposición entre potencias del bien y potencias del mal, cuando es demasiado simple nos disgusta. Pero sepamos callar algunas veces y sepamos prohibirnos todo pronóstico ahora.

#### RUMANIA Y SU DESTINO.

«Y pues la angustia es propia de la condición humana, la grandeza es propia de la condición real.» Lo recordaba casi testamentalmente la reina María el año en que se extinguió. Antes en el castillo de Pelesch, en Sinaia, había recordado

que «sólo la dignidad vence al destino». Pudo añadir, pensando en sí misma, que es el gran comportamiento el que tiene a la adversidad a raya. Nació esta Coburgo Gotha en la grandeza, pues que su padre el duque de Edimburgo, oficial de la Marina inglesa, era hijo de la reina Victoria. Su madre era a su vez hija única del zar Alejandro II, muerto a mano airada por los nihilistas en 1881. «Nunca imaginó mi niñez que al morir la reina Victoria —confesaba su nieta— pudiese el globo continuar girando.» De la fresca ancianidad del niño, padre del hombre, habla el rapsoda griego. Pues la gracia de los antiguos que la princesa real de la Gran Bretaña supo captar en sus paseos por Roma es perfección sin edad. Con el ser prodigioso, que iba a ser por sus bodas con Fernando I reina de Rumania, la dignidad que vence al destino pasó de Roma a Oriente. La lección de la urbe eterna no fué para la soberana lección de gracia tan sólo, sino también de abnegación y de temple antiguo. Aclimató la reina en sus jardines de Catroceni y en sus terrazas de Balcic, a orillas del Mar Negro, lirios romanos del Palatino. Con el mismo gesto logró arraigar en las almas las incitaciones del pasado a la grandeza. Rumana por la ley, amó a Rumania, cuyos reveses estremecieron las raíces últimas de su ser. Atrás quedaba en el paraíso de la infancia el condado de Kent con el Eastwell natal. Ni paraíso perdido ni tierra de promisión deben apartar a los jefes de Estado de las realidades, por duras que sean, del presente. Vivió la reina para su pueblo inmolando la dicha al deber. Llenaba sus ocios con la lectura, con la contemplación del mundo, que le parecía siempre recién creado. Su dramaturgo fué Shakespeare; su poeta, Tennyson; sus libros de cabecera, la Biblia y las Sagas escandinavas. Prefirió una palabra a todas las del idioma: la palabra «lealtad», que es ciertamente excelsa. En 1913 una epidemia de cólera diezmo a las tropas rumanas durante el avance hacia territorio búlgaro. La reina curó coléricos como Santa Isabel leprosos, y la lealtad se hizo en los hospitales solicitud y entereza. Refiriéndolo escribió: «El cólera fué el mensajero trágico que la Providencia me envió para despertar en mí fuerzas dormidas.» Durante la Gran Guerra, aun siendo el rey Fernando un Hohenzollern, la soberana se hizo

por lealtad una con su pueblo y compartió su suerte. Memorablemente razonó después esta actitud, no juzgada por igual por todos: «Me ligué a Rumania por cadenas de acero: vínculos del espíritu y de la sangre. Espero que cada uno de los seis hijos que le he dado sean otros tantos anillos de esta cadena, que tan sólo la muerte o una gran catástrofe pueden romper.» Conoció Rumania durante la Gran Guerra, a la que fué el 16 por Transilvania, devastaciones crueles, además del hambre, la enfermedad y el aislamiento. Reinfundió milagrosamente la reina María en políticos y en soldados fe en las viradas del futuro. Desplegaba en los frentes o en los hospitales la misma actividad que en los Consejos de la Corona. Escribía a sus primos el rey Jorge y el zar Nicolás como a otros grandes de la tierra para que reanimasen a su vez la causa nacional rumana. La voz de la reina resonaba así en el mundo, y Rumania pudo combatir y batir a la fuerza del sino. Poco después el Instituto de Francia admitía entre sus miembros a la reina. Al comunicárselo el Instituto, se «inclinaba respetuosamente ante el arte y el sufrimiento personificados a los ojos del mundo por Vuestra Majestad». Y añadió: «Desde que Napoleón Bonaparte fundó el Instituto es la primera vez que una mujer ha sido llamada a una tal dignidad.»

En 1918, cuando se discutían los tratados de paz, la reina María se presentó en París. Clemenceau, herido en un atentado, no recibía visitas. La soberana anunció la suya como enfermera de los heridos de la Gran Guerra.

—Pero ¿por qué Vuestra Majestad ha venido?—inquirió el «Tigre».

—Para que Rumania tenga una figura agradable en París—. Esta fué la respuesta.

Se nos hace presente esa figura al leer las cláusulas del armisticio reciente entre los aliados y Rumania. Las paces de Saint Germain en septiembre de 1919 y del Pequeño Trianón en junio de 1920 reconocían anexiones de territorios por el Gobierno de Bucarest. Se le sumaban a Rumania la casi totalidad de la Besarabia rusa, entre el Pruth y el Dniéster, la Transilvania; los comitatos de Ugocsa, Mármaros, Csanad, Szitagi, Arad y otros dos; una parte de Bukovina y otra del Banato. Ganó después de la guerra Rumania unos 156.000 ki-



lómetros cuadrados y unos ocho millones de habitantes. Re-  
cusamos por impía la sentencia de que la victoria de las vic-  
torias es perderlo todo. No le es lícito saber perder sino al  
que sabe ganar y asir como Dios manda la presa. Pero la  
guerra, que no es un torneo, trae encinta otra mayor, y lo  
que la primera da, la segunda lo quita. Las naciones juegan  
a un ganapierde patético y viven en cinco años lo que antes  
en quinientos. Rusia, tras el pacto con el Reich, al que han  
seguido cuatro millones de muertos, tomó la Besarabia y una  
mitad de la Bukovina por lo que aquí llamamos el porque sí  
y a Roma por todo. Roto el pacto rusogermano, y en el des-  
tierto el rey Carol, Rumania se adhirió al tripartito, no sin  
ceder media Transilvania a los húngaros y el cuadrado de  
Dobrudja a Bulgaria. Dejaba además sus pozos petrolíferos  
en manos alemanas, y, como dice un amigo nuestro, el joven  
Mihai, cambió la boina de colegial por la gorra de plato de  
los mariscales. En el puerto de Constanza y en los tres fluvia-  
les Braila, Giurgiu y Galatsi el trajín menguaba. Ya no salía  
a mercados universales el 82 por 100 de la riqueza de oro  
negro. Hubo, en cambio, exterminio de hebreos, desquites  
militares en Besarabia, en la Trasnitria, en Odessa y en el  
Kubán. Pero todo lo vuelven del revés la trampa y el diablo,  
y Rumania, que peleaba al lado del Reich contra Rusia, pelea  
ya al lado de Rusia contra el Reich. En virtud del armisticio,  
queda en manos de los Soviets y recibe infinitamente menos  
de lo que da. Entrega territorios, arsenales de armas, facto-  
rías, barcos, depósitos de municiones y de víveres, y como  
indemnización trescientos millones de dólares norteamerica-  
nos, sin contar los que entregue a las naciones aliadas en su  
día y hora. Lo que le dan es la tierra transilvana que con-  
quistó a los húngaros, con quienes está asimismo en guerra.  
¿Llegarán las tropas rumanas a Kluj, que es la cuna del ir-  
redentismo rumano? Llamen a esta ciudad de Kluj los húngaros  
que la ocupan ahora Kolozsvár, como los suavos la llaman  
Klausenburg. De todos es y de ninguno, y aunque cambie  
de dueño no cambiará sus fisonomías seculares. Gran redada  
de corazones rumanos logra siempre el estadista que razona  
el irredentismo de tierras transilvanas. Con él entró en la  
historia nacional ese Miguel el Bravo cuyo corcel de bronce

caracolea en Bucarest delante de la Universidad. Ese es el héroe que hizo la Unión de Principados tres siglos y medio antes que Napoleón III y la Gran Rumania cuatro siglos antes del tratado de Versalles.

No faltan historiadores que recuerden que Miguel, hijo de la griega Teodora Cantacuzeno, debía la corona a los manojos de otro griego de Constantinopla, su tío Andrónico Cantacuzeno, banquero cristiano de la Santa Sede. ¡Bah!... En los historiadores, más que en otra casta, el espíritu vivifica, la letra mata y la especialidad diseca. De todos los regímenes de una nación, el de la unidad es el que más amamos. Pero en Oriente razas, religiones o linajes no se configuran con contorno neto. «Cuando uno considera —escribía agudamente Masoliver— que los grandes de Moldavia y Valaquia —Ghicas, Cantimires, Brancovanes, Ducas, Cantacuzenos y Cuzas— no son más que fanariotas y príncipes bizantinos mandados por la Puerta, aprende a no extrañarse de nada.» También algunos nobles húngaros de Transilvania —los Banffi, Csaki, Kendeffi— son originariamente rumanos, pero no hay nacionalismo en Europa que no contenga mixturas de éstas. La unidad que no trascienda de estos cotos orientales no es la que pedimos los europeos viejos. El nacionalismo dondequiera es malo, en Oriente peor; pero si además de nacionalismo en Oriente admite la tutela rusa, es ya peor que peor. La misma dignidad en este caso vence difícilmente al destino.

#### BULGARIA.

«Al culpado se le ahorque vivo e después muerto e se le socarre a la llama e se aventen sus cenizas.» Esta es justicia que mandan hacer en un fuero para el malhechor que fuerce a doncella. Peor que tanta muerte para amor tan apresurado serían veinte años de cepo, que es en esa ley foral castigo para el que hurte o tale más de diez árboles. Más brutal que estos fallos es el consejo de un tratadista de guerra de nuestro tiempo: «Al vencido no se le dejen sino los ojos por si quisiera llorar.» Poco más que los ojos le queda a Bulgaria desde que se ha dejado tutelar por Rusia. Hemos asistido los que no somos jóvenes al nacimiento de Bulgaria como Estado.

Hasta 1908 esta nación no fué reino independiente. Al estipularse esta exaltación en Tirnovo es cuando conocimos el abolengo de este pueblo turcotártaro que emigró un buen día del Bajo Volga. Un año después Turquía y las grandes potencias le reconocían como nación soberana. Claro está que los historiadores búlgaros nos hablan de reyes de su estirpe exaltados al pavés después de batallas contra Grecia. Al proverbio de Oriente «La noche es de todos», hay que añadir: «y el pasado también». En la noche de los tiempos de la gente búlgara el mentir de las estrellas es la única verdad. Esos historiadores traen de muy lejos unas gestas y unos fastos que una nación, por joven que sea, necesita. En mayo de 1913 adquiría Bulgaria, por la paz de Londres, Macedonia y la Tracia Occidental con Andrinópolis. Tres meses después, por otra paz, la de Bucarest, perdía Macedonia y la Dobrudja, y en septiembre, por una tercera paz, la de Constantinopla, Andrinópolis. Allí, como se ve, se ha ganado y se ha perdido muy aprisa. Las alegrías, como en España se dijo pulsando en unas coplas el bordón más que la prima, son verduras de las eras, y lo son junto al Danubio o al Maritza más aún que junto al Tajo. En 1915 anexionó Bulgaria territorios a la margen derecha del Maritza; pero en 1919 el tratado de Neuilly vino a restar la suma. Tuvo el Gobierno de Sofia que ceder la Tracia Occidental a Grecia y Strumitza, así como zonas de fronteras en el valle de Timok y cerca de Zaribrod al reino de serbios, croatas y eslovenos.

La dinastía reinante es joven también, aunque los monarcas sean de sangre real depurada hace siglos. La Asamblea Nacional de Bulgaria, que no era reino aún, eligió en 1887 príncipe de Bulgaria, con el nombre de Fernando I, a Fernando, príncipe de Sajonia, Coburgo Gotha, hijo del príncipe Augusto, de esta casa, y de Clementina, princesa de Orleáns. Este príncipe Augusto, como todos saben, vienés de cuna, era miembro de la Cámara de Señores del Consejo del Imperio austríaco, y ya su padre, D. Fernando Jorge, vienés asimismo, vive quince años del siglo xviii y muere en 1851. Fernando I no fué reconocido por las potencias zar de los búlgaros hasta abril de 1909, aunque se le coronara como tal en Tirnovo en septiembre de 1908. Abdicó en 1818 en su pri-

mogénito Boris III, cuyo reinado fué para su nación de más bienandanzas que malaventuras, fuera de que la muerte vino muy pronto a llamarle. Un Consejo de Regencia asistía la minoridad del heredero del rey Boris, Simeón, que ha cumplido en junio los siete años. A este Consejo es al que Rusia declara incurso en crimen de guerra, nadie sabe ni sabrá por qué. Constituían el Consejo: Cirilo, príncipe de Preslaw y teniente general del Ejército, que en 1941, al estallar la guerra, no asesoraba aún al rey niño, pues que Boris III vivía; Filof, primer ministro y uno de los mejores arqueólogos de Oriente, y Mijof, ministro de la Guerra. Los tres pagan sus servicios en una cárcel de Sofía hasta que les llegue el momento de ser juzgados en Rusia. Se dirá que Bulgaria nada puede ya, pues hasta sus fuerzas, según confiesa el ministro de la Guerra en este régimen, Petro Stainof, han pasado a depender del general soviético Tolbujin, jefe del tercer ejército de Ucrania. ¿Intenta Bulgaria con el apoyo moscovita ayudar a los griegos de Tracia a restablecer el orden? El Gobierno de Grecia lo desmiente desde el Cairo, y plantea como requisitos fundamentales para una colaboración balcánica bajo la égida de los países aliados, los que siguen:

I. Retirada en plazo perentorio de las tropas búlgaras que están violando territorios de Grecia.

II. Renuncia por parte de Bulgaria a toda reivindicación sobre Macedonia y sobre Tracia.

III. Rectificación de fronteras.

IV. Entrega de los culpables de guerra búlgaros.

V. Pago de indemnizaciones.

VI. Sometimiento de Bulgaria a una ocupación militar por fuerzas no tan sólo rusas, sino también norteamericanas e inglesas.

Estas son las informaciones que al cerrarse la impresión de nuestra Revista solicitan nuestro comentario. A los hombres del viejo régimen en Bulgaria se les inquiere el pasado hasta los días del uso de la razón, y se les condena a proscripción, a destierro, cuando no a muerte civil o a la otra. Les dejan los ojos por si quieren llorar. Por los Soviets ni los ojos se les dejarían. Confíemos en que Inglaterra imponga sus tradiciones y el honor reaparezca en Oriente.

## EL DESEMBARCO INGLÉS EN EL PELOPONESO.

Están de nuevo los ingleses en territorio helénico. El 4 de octubre desembarcaban en la isla de Citerea, donde el mito sitúa la sede del amor que ríe (la del amor platónico está en el Toboso, en el partido judicial de Quintanar de la Orden), y el día 5 en el Peloponeso. Las tropas de ocupación del Reich se habían retirado con el propósito de alcanzar tierras húngaras o croatas. En 1941 desembarcaron los ingleses en Grecia para prestar ayuda a esta nación, que aceptaba, como cumple a su abolengo, la guerra en Italia. Se atenían los griegos entonces a una sentencia de sus antepasados, según la cual el honor está en batir, no en combatir. Lucharon con dignidad casi legendaria y con un denuedo que el Führer exaltó meses después. Europa supo con alegría que a los oficiales no se les recibió la espada. Convengamos en que en estos ritos caballerescos restituyen nobleza a batallas que la necesitan para justificarse de algún modo. Los ingleses, el 41, en Grecia poco podían hacer, aparte de mostrarse solidarios con los héroes. Bulgaria había cedido a los alemanes bases de operaciones contra los yugoeslavos, que rompían su adhesión al pacto tripartito, y contra los griegos, a los que Italia no lograba someter. Defenderse en la frontera búlgara no era posible, y tras la evacuación continental los paracaidistas del Reich conquistaron Creta. El Gobierno de Atenas pasó a Londres, como después de Londres al Cairo, y del Cairo recientemente a Caserta. Vuelven los ingleses a Grecia en ocasión en que Bulgaria, a las órdenes de Rusia, se apresta a intervenir en Macedonia, y en que Tito, el mariscal yugoeslavo, sugiere a Rusia la creación de una Macedonia autónoma. La del Sur y el Epiro, Creta y las islas del Asia menor, menos Imbros, Tenedos y el Dodecaneso (italiano con Rhodas desde 1912), les habían sido adjudicados a Grecia por la paz de Londres de mayo y por la de Bucarest de agosto de 1913, y la Tracia, el Asia menor occidental, Imbros y Tenedos por el Tratado de Sevres en 1920. Combinar las cartas, se dice, es combinar los hados; pero en este ganapierde de las guerras y las paces ni cartas ni hados deciden el juego. Ya en 1923 el

pacto de Lausanne quitaba a Grecia para darle a Turquía la Tracia del Este, el Asia menor occidental, Imbros y Tenedos. Si en 1923 el Gobierno de Atenas perdía todo eso, seis años después ganaba unas islas en el delta del Maritza. Pero es de Macedonia de lo que hablamos, ya que su integridad depende desde ahora tanto como de Tito y de las cavilidades rusas, del desembarco de ingleses en el Peloponeso. ¿Quién ante este nombre no se deja envolver por reminiscencias y resonancias históricas? Los grandes muertos no mueren nunca del todo, como los grandes lugares no se anegan por completo en olvido. En el Peloponeso están la vieja Argólida con Corinto y la Laconia con Esparta sobre el Eurotas, río rival de los dos de Atenas, de los que uno, el Hissos, el de los diálogos de Platón, se ha dejado oír por todos los bachilleres del mundo. Están en el Peloponeso asimismo la Arcadia y la Elide y ese Patras en que los ingleses han puesto pie. Y está sobre todo la sombra de Tucídides, que antes de historiar en su exilio de Tracia la guerra del Peloponeso, mandó como general una flota en el Egeo. El pasado vuelve, y tan del pasado somos como del presente, aunque la juventud lo dude. Ella nunca tiene tanta razón como cuando no la tiene, pero la razón es una cosa y la verdad otra.

El desembarco de ingleses en el Peloponeso reafirma ante Rusia que los aliados sostienen a Grecia y apoyan las reivindicaciones que formule en su día. Esta vuelta de los ingleses a Grecia causará en Moscú más desasosiego que en Berlín. ¿Más que en Berlín? Más...

EL DR. GRAU SAN MARTÍN,  
JEFE DEL ESTADO EN CUBA.

En el acto de dar posesión a Grau San Martín de la Presidencia de la República de Cuba, España estuvo representada por el embajador extraordinario, señor marqués de Rialp. Fué elegido el Sr. Grau San Martín en junio por votación muy nutrida en 1.603 Colegios electorales de la isla. Dos candidatos contendían en los comicios: el Presidente actual y D. Carlos Saladrigas y Zayas, amigo de Batista y hombre, como él, de la extrema izquierda. Allá donde el coronel Ba-

tista planca cauces para la corriente revolucionaria, el doctor Grau San Martín prefiere diques. Grau San Martín no dice revolución, sino reforma, ni premedita rebacer al país sobre nueva planta. Continúa en su isla la obra de otros patricios cuyas ejemplaridades emula. Es hijo de una tradición, de un orden y de una carrera que le ligan a sus antepasados. Antes de ser político era médico, y para ampliar estudios residió en varias naciones de Europa. Fué al regresar a Cuba cuando resolvió intervenir en los debates públicos de su patria. Radical al principio, fué atemperando sus ideas y fundó el grupo de «Los Auténticos», que era centrista, aunque combatiese a Machado. La formación política exige en Cuba, ¿y dónde no?, el paso por la cárcel, aula del brío. Estuvo en ella Grau muchas veces, y se curtió como un marino de altura para las marejadas que ha tenido que capear animosamente. Conoció asimismo el destierro, y fué en Nueva York uno de los conspiradores, el más reflexivo, del Comité revolucionario cubano. El izquierdismo del programa era circunstancial para Grau, hombre de realidades y en contacto —como él dijo— con la necesidad y la muerte. Al tornar a su patria aceptó la Presidencia de la República sin demasiadas ilusiones sobre su suerte. Eran instantes tormentosos aquéllos en su país, y la *mano de hierro* bajo el guante de seda de un estadista al modo inglés no los hubiese dominado. Conjuras, sediciones y atentados se sucedían en Cuba más virulentamente cada vez. Discrepaban Grau y Batista no ya en los criterios del mando, sino también en la concepción de la sociedad y del Estado. Batista ganaba aquiescencias más calurosas que su amigo. Sus criterios eran más accesibles, y los hacía, por otra parte, resonar en una prensa dada al estrépito como pocas. Grau San Martín dimitió su alta magistratura y se retrajo de la vida pública. En 1940 presentó de nuevo su candidatura a la Presidencia, pero Cuba votó a Batista y hubo que esperar. «Todo el que espera sabe que la victoria es suya», ha cantado el más hondo de nuestros poetas. Esperó Grau, trabajando en su clínica y escribiendo sobre temas médicos con rigor y con método. Él mismo ha sido director de revistas profesionales como *Archivos de la Policlínica*, *Crónica Quirúrgica Médica*, *Vida Nueva* y otras más.

Asume la Presidencia en tiempos duros y con su país en guerra, y, al igual que antaño, entre dificultades internas. Tratará en todo caso de conducir los acontecimientos antes de que los acontecimientos le conduzcan a él. No es un revolucionario ya, sino solamente un reformador que extraerá de las circunstancias el partido posible. Han pasado treinta y dos años desde que Nortamérica entrega el mando a don Tomás Estrada Palma, reelegido en 1906. Sobrevino por entonces una intervención de los Estados Unidos, que invocaban la enmienda Platt, esa espada en alto que supieron esquivar Presidentes como Estrada Palma, José Miguel Gómez, Menocal, Zayas y Machado. Si emula Grau como se promete las ejemplaridades de estos antecesores, dará un paso en forma. Pertenece por cierto a la Sociedad Hispano-Cubana de Cultura, y reconoce con hidalguía todo lo que Cuba debe a los gobernadores españoles que la rigieron durante el siglo XIX. En un simple paseo por La Habana hemos contrastado nosotros emocionadamente los beneficios que la ciudad y la isla recibieron de un marqués de Someruelos, un Ruiz de Apodaca, un Cienfuegos, fundador de la ciudad de su nombre; de un Cajígal, de un Vives, o del general Tacón, marqués de la Unión de Cuba. Nos contenta que el nuevo Presidente aspire a reformar su país y no a revolucionarlo. El de reformador es título suficiente, y el de continuador, no se diga. España envía un embajador extraordinario al acto de dar posesión de la Jefatura del Estado a Grau San Martín. Los destinos de Cuba siguen interesando entre nosotros como en el secular ayer y como siempre.

PEDRO MOURLANE MICHELENA.